

EL ECO DE TRUJILLO

Semanario Independiente de Intereses Generales

INSCRIPCIONES

Publicidad, Reclamos y Comunicaciones a precios convencionales. Reclamos en inserciones indefinidas.

DIRECCION, REDACCION, ADMINISTRACION E IMPRENTA, PLAZA MAYOR, 25

DONDE SE DIRIGIRA TODA LA CORRESPONDENCIA

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES QUE SE NOS REMITAN, NI SE ADMITEN SIN LA FIRMA DE SUS AUTORES

PRECIOS DE SUSCRIPCION: En Trujillo, un trimestre, 1.50 pesetas. Fuera de la localidad, idem, 2.00. PAGO ANTICIPADO

Contranofele Luengo

Es el preparado más moderno, más racional, más científico y de efectos más inmediatos y seguros para curar toda forma de paludismo. Consultarlo con la distinguida clase médica, probarlo después, y os convenceréis. Se vende en cajas de 50 píldoras al precio de 4 pesetas, en todas las Farmacias y Droguerías de España.

Fábrica de Jabones DE José García de la Cruz

GARCIA, 2, Y SAN MIGUEL, 3 TRUJILLO

El dueño de esta nueva Fábrica no ha omitido gasto ni sacrificio alguno para montarla en esta ciudad con todos los adelantos y mejoramientos que la producción moderna exige, encontrándose sus productos en condiciones de competir, en calidad y economía en precios, con los procedentes de las más acreditadas fábricas de España. Además encuéntrase al frente de esta fabricación un Director práctico e inteligente, pudiendo ofrecer estos jabones a los precios siguientes:

- Jabón blanco, pinta 1.ª superior. Arroba, 10 pesetas; kilo, 0.90 id.
- Jabón sevillano verde, pinta 1.ª. Arroba, 9 pesetas; kilo, 0.80 id.
- Jabón sevillano verde, lisa. Arroba, 6 pesetas; 460 gramos, 0.25 idem. 230 gramos, 0.15 idem, pastilla económica, 0.10 idem.

DE FERIA

Ya va siendo hora de que nos ocupemos de Septiembre y vayamos preparando algo, sea mucho o poco, pues bien reciente tenemos el triste resultado de las prisas:

Ahora se necesitará más tiempo, por la sencilla razón de que hay menos dinero, pues si bien algunos están dispuestos a contribuir, son la minoría, y una minoría muy pequeña.

Esta feria merece por lo menos la misma atención que la de Junio, debido a que pasados algunos años será la verdadera feria, pues así como la otra tiene mil causas, que todos conocemos, para disminuir de año en año (como ocurre) la de ahora crece a medida que pierde la otra.

Ya hemos visto como se ha acreditado en tiempo limitadísimo. Y se ha acreditado por sí sola, sin auxilio de nadie, puesto que ninguno se ha preocupado de ella en debida forma.

Estas razones son bastantes para que ya se piense en hacer algo práctico, algo que reporte beneficios y algo que atraiga por el negocio y por la diversión.

Ignoramos si la anterior empresa de foros, que tan complacida quedó en las últimas corridas, pensará en algo para Septiembre, aunque algunas noticias nos hacen creer que no piensan en tal cosa; más si lo hicieran deben ser preferidos sin género de duda, pues los que se dejaron de duda, pues los que se dejaron 9.000 pesetas en la plaza, bien merecen esta preferencia.

Se nos asegura que si esta empresa no lo hiciera pretende hacerlo por su cuenta y riesgo un conocido y acreditado individuo, paisano nuestro.

Animo y a trabajar por la feria.

A. Torremocha

DENTISTA Plaza de Ruiz Mendoza, núm. 8. Trujillo.

Consulta, de diez a una y de tres a seis.

Especial para pobres. Todos los días de ocho a diez de la mañana.

VENGANZA DE AMOR

De mi conocimiento con González no puedo yo precisar la fecha. Empezó como empiezan muchos en la vida, de concurrir a un círculo, a una librería o de comer juntos en una fondita.

Luego, mi intimidad nació de observar en su carácter cierta analogía con el mío. En gustos artísticos, música y literatura gozábamos de un criterio muy al unísono.

No obstante, González y yo siempre andábamos en contradicción perpetua; la controversia era nuestro fuerte.

Allá en La Coruña, donde él desempeñaba un cargo que su carrera civil le imponía y cuando no se lo imponían sus ocupaciones, nos reuníamos en el café de la calle Real.

González no era comunicativo hasta el extremo de confiar todas las in-

timidades de la vida, pero ¿qué hombre no refiere alguna historia de amor al menos íntimo?

Y mi amigo me tenía referida una, su primera historia de amor de la cual no quedaba muy parada la fama de la mujer protagonista.

Y tú, Enrique, ¿no me cuentas ninguna? — me había interrogado algunas veces. — Si el cariño es amor, he amado muchas veces — repliqué — pero siempre recibí el desengaño antes de apasionarme. Lo cual reconozco que ha sido una desgracia con mucha fortuna.

Llevaba yo algunos años en La Coruña. Una tarde del mes de Junio nos hallábamos, González y yo en el gran paseo de El Relleno, sentados bajo sus corpulentos árboles, frente al muelle, contemplando aquel hermoso horizonte y respirando la frescura de la brisa del mar, al par que apurábamos una cerveza, cuando acertó a pasar por allí el cartero.

Este se acercó a nosotros y me dijo: — Como no estaba V. en casa, no he podido dejarle este certificado; ¿quiere V. firmar aquí con lápiz?

Así lo hice y el cartero me entregó un sobre de un volumen muy regular.

Lo abrí y contenía cinco pliegos muy bien aprovechados con letra diminuta. Tenía todos los caracteres femeniles; no reconocí la letra y busqué la firma.

Al verla, sentí una verdadera emoción de alegría. Pedí permiso a mi amigo y devoré todo el contenido de aquellos cinco pliegos.

A medida que avanzaba en la lectura, mi emoción crecía y más de una vez debí notar lo González.

«Pobre mujer!» exclamé con profundísima pena cuando hube terminado.

«Ya tenemos ahí tu aventural! No lo creas. Es de una pobre mujer cuya historia, ansiaba conocer, y que hoy me confiesa en los últimos momentos de su vida.

«Confesión de mujer... Ni en los últimos momentos dicen verdad!

«No es para echarlo a broma, te lo aseguro, amigo González. Escucha y te convencerás de ello.

Y comencé a leer en voz alta aquellos pliegos que decían así:

«Mi inolvidable amigo ENRIQUE»

«Cuando nos despedimos, prometí no morir sin revelar-te mi triste historia. Hoy voy a hacerlo, porque, llevo unos días que me siento morir y quiero cumplir mi palabra al par que desahogo mi corazón depositando en tu amistad la amargura que guardo en él hace justamente veinte años.

«No hablaré de mi infancia porque a nada conduce.

«Sonreíame la primavera de la vida tenía veinte años; una santa madre que adoraba en mí; un hogar, lleno de comodidades; un relativo lujo en todas las necesidades de la vida; me esperaba también una vejez tranquila al lado de mis hermanos, si el horizonte que me sonreía en el arte no quería aprovecharlo. Tenía voz y facultades de artista.

«Mi suerte quiso que un día tropiezaré en mi camino con un hombre a

quien desde niño profesé un afecto de hermano.

«¿Cuánto de lisonjero era todo lo que a mí me rodeaba en el hogar de mis padres, era de triste para aquel joven en el suyo, en la parte moral de afectos. Tenían posición, pero en su casa reinaba la envidia entre los hermanos.

«Aquel — entonces casi un niño — era la víctima de todas las discordias, y mi confianza en su casa, junto con mi amor a la justicia, hicieron que más de una vez tomara a mi cargo su defensa con una vehemencia que molestaba a todos los suyos.

«A tanto llegó el extremo de ellos y el mío, que al fin tuve que abandonar la amistad de aquella familia. Todos me eran hostiles.

«Mas el joven supo pagar mi afecto con cuantos actos de un cariño sin límites puedan imaginarse. Desoyó las órdenes de su madre; no le arredraron las amenazas de el padre, y su afán único era verme, no separarse de mí un momento.

«Mil veces le oí decir: — Mi mayor cariño eres tú; eso han conseguido únicamente.

«¿Puede extrañarte que yo llegara a amarle con locura?

«Aquel hombre era además hermosamente guapo. Sus ojos negros tenían el atractivo de la dulzura que es de suponer en los ángeles; revelaban ser el reflejo del alma grande que sus actos no desmentían.

«No le amé, traspasé el límite del amor; hice de él un ídolo y llegó a dominar mi voluntad. Por él sufrí el desprecio de su familia, y más tarde sentí el rigor de toda la mfa. Por él llegué a abandonar a mis padres, y sufrí el oprobio de la sociedad entera.

«Solitaria, sin amigos ni recursos, he de recurrir al trabajo manual, porque en la ópera, donde años antes tenía un porvenir, lo había perdido a causa de mi delicado estado; cobros sufrimientos. Pero ¿qué me importaba? Lo veía a él todos los días; a todas horas que se hallaba libre le tenía a mi lado. Nadie, nadie me lo arrebató. Y creo que hubiese llegado hasta el crimen si quisiera.

«¿Cuántas noches, estando en el Teatro Real, oyendo la ópera Gioconda derramar lágrimas creyéndome en el lugar de la apasionada cantatrice! Sería un presentimiento que como Gioconda llegaría un día en que yo había de exclamar con igual desesperación:

«Oh coré d'ono finesto, ritaggio di d'lore.

«Il mio d'estin fatalle... Oh morte, vieni amé!

«Así fue; llegó un día en que aquel hombre, para satisfacer un capricho, o tal vez reconciliarse con los suyos, me exigió poner fin al lazo que nos unía. Ni mis ruegos, ni mis lágrimas, ni el recordarle todos mis sacrificios hechos por el cariño que me cegaba, fueron suficientes a conmoverlo.

«Poco a poco te acostumbraré. Vendré a verte de vez en cuando; luego de tarde en tarde, y si no aceptas no volveré.

«Hasta ese día yo había descendido cuanto había que descender, por voluntad propia. Desde aquel momento me hacían descender a forciori, porque ya era imposible retroceder.

»Tuve una mala idea: recurrir á lo novelesco; tentar el corazón de la mujer que lo atraía. Ideé una novela: escribí á Teresa un anónimo diciéndola: *Señora, no lo hagas por mí, hazlo por el ser que llevo en las entrañas y que es sangre del hombre que ambas amamos. ¡No dejéis sin padre al que es su hijo!*

»Todo fué inútil; aquel hombre sin entrañas creo que fuera el primero en denunciar mi letra. No sé si le calumnio pensando así.

»Cuando nos hallamos frente á frente me abofeteó el rostro. El ruido de su mano al chocar en mi cara creí que pudiera llegar hasta los oídos de Teresa y mi orgullo se reveló contra el inmenso cañón que profecía á aquel hombre.

»Nuestro lazo quedó desunido.

»Pasaron años y mi pasión seguía tan inmensa como el primer día; en mi fiebre de despecho yo creía vengarme — ¡inecacia locura! — haciéndole ver que estaba curada, que si un amante perdí, tenía cien con quien olvidarlo.

»Y todo era mentira, á costa de mi reputación aparecía lo que no era, lo que no podía ser, porque no nací para ello; porque mi sino fatal era no sentir más que una pasión, ¡la suya!

»Han transcurrido veinte años y como presentí, casó con una Laura. Una sola noche le he visto; hace de esto año y medio. Sentí deseos de tomar su mano, estrecharla y decirle: ¡Perdón! Quiero besar á tus hijos, ¡Perdón! Ya soy una vieja. ¡Ya Laura no me inspira celos!

»Pero dominé el corazón y separé la vista con fingida indiferencia.

»Ese era mi secreto, querido amigo. Ya sabes por qué me hallabas hastiada de la vida; ya sabes por qué era mi carácter tan escéptico. Ya sabes por qué sorprendías tantas veces mi llanto.

»A las puertas de la muerte te confieso toda la verdad. Muero amándole, pero que no llegue á saberlo él; y si la casualidad te hiciera conocerlo, que me negue á oírlo, que fui una perdida, que lo engañé, que jamás le quise; y si llegara á creerlo, esa sería mi más dulce venganza.»

»Cuando terminé la lectura, González se sonrió ligeramente y exclamó: — ¡Una romántica! ¡Tal vez una loca!

—Lo que para mí tiene únicamente gracia es ese final recomendándome que si veo á ese hombre no le diga que muere amándole, cuando no le conozco ni cita su nombre para que yo pueda llegar á conocerlo.

—Y, si no soy indiscreto, ¿cuál es el nombre de ella?

—No hay indiscreción—respondí, —Enriqueta Lak de Goitti.

La copa con cerveza que González dirigía á su boca, la detuvo en los labios y me pareció verle sentir un estremecimiento que no supo reprimir. Al fin bebió, más por mucho que quiso disimular no pasó desapercibida para mí una lágrima que brotó de sus ojos y que, rodando, fué á mezclarse con la cerveza que apuraba.

—Qué opinas de esta confesión ahora?—le interrogué cuando observé que pretendía disimular la emoción.

—Que Enriqueta Lak no se ha vengado, porque ya su antiguo amigo sabe que no muere odiándole.

—Pero ¡no negarás—observé yo— que es una venganza sublimemente hermosa, en la que ha intervenido la Providencia?

Enrique M. Garcia de Lagos.

FERRO-CARRIL

Digna de todo encomio es la conducta de la Comisión gestora que entiende en el asunto del ferro-carril secundario de Cáceres á Trujillo y de Trujillo á Logrosán, tanto tiempo ansiado y que tanta importancia y beneficios ha de reportar no solo á nuestra linda ciudad, tan llamada á ser uno de los pueblos más importantes de España, sino que estos benefi-

cios serán extensivos á la Región entera.

La Comisión gestora ha recibido una proposición solicitando la compra de los tres proyectos que hoy existen.

La solicitud es de una casa francesa.

Para resolver sobre este particular, reuniéronse el jueves por la mañana en el salón de Sesiones de nuestro Excmo. Ayuntamiento los señores que componen la referida Comisión y acordaron contestar á la casa francesa, que:

»No le vende los proyectos que hoy existen, pero que está dispuesta á regalarlo, siempre que el proyecto elegido sea el de la Comisión gestora, que es el que mejor trazado tiene.»

Este desprendimiento de la Sociedad Colectiva, bajo la razón social de «Cortés, Guillén y C.», es digno de toda loa, y con la espléndida concesión que hacen á la casa extranjera, es de creer muy fundadamente que esta acepte, pues que, como decimos, el referido trazado es el que mejores condiciones tiene, y realizado este sueño constante de todos los amantes de Trujillo, nuestra querida ciudad, tan postergada en vías de comunicación ferroviaria, adquirirá el lugar que la corresponde por su importancia agrícola-comercial; sus ferias se verán más concurridas que nunca, y su comercio en general obtendrá los beneficios de que tan necesitado se halla.

Un entusiasta aplauso á la Comisión gestora y la enhorabuena á Trujillo si nuestra creencia, de que la casa francesa acepte, se convierte en un hecho.

Exageraciones

No podrán quejarse nuestros lectores por la intundiosa noticia del suceso en la carretera de La Cumbre.

Un rotativo como el *Heraldo de Madrid*; uno de esos rotativos que sus informaciones compiten con *The Telegraph*, *The Times* y con todos los *Thés* habidos y por haber, nos ha lanzado dos infundios monumentales.

Uno capaz de convencer al más refractario á la sensiblería, y otro capaz de hacer sentir al lector deseos de ser comensal de Berges.

En el número del sábado, dice el *Heraldo de Madrid*, que el tenor Berges se halla en Trujillo *sitiado por hambre y pidiendo limosna por las calles*.

Y el lunes rectifica.

A juzgar por los nuevos informes—dice—*se halla en Cáceres actuando con una formidable compañía; Berges está más joven que nunca; recibiendo ovaciones más estruendosas que nunca; nadando en oro como nunca, y bebiendo perlas en vinagre.*

¡Como Cleopatra!

¡Ahora nos explicamos que cada nota de Berges sea una perla!

Según algunos inteligentes...

Y un grito de soberano esfuerzo, según los cánones del *bell canto*.

Verdad que *bell canto*, no es lo mismo que cantar zarzuela, que es lo que siempre supo cantar Berges, aunque algunos sensibleros nos lo quieran pintar como un Gayarre. Porque, ¡señores!... yo creo que de 25 duros por noche que ganó Berges, á Gayarre que cobraba 6.000 francos por función... habrá que preguntar que si Berges merece el título de *gloria nacional* ¿qué quedamos para aquel angel que conmovió con su voz á Europa entera?

No hay que apasionarse, porque en España podrá pagarse mal á un obreiro, pero el tenor, cuando merece el título de *gloria nacional*, no gana 25 duros, gana miles de pesetas.

¿Que en zarzuela no se gana tanto? Luego no sería tan notable cuando en sus buenos tiempos no pudo pasar á la ópera á competir y ganar como Gayarre y Massini, 5.000 francos oro por función.

Pero más que todo eso, lo que interesa es protestar del *sitiado por hambre en Trujillo*.

Que tras de ser falsa la noticia de hallarse en esta el artista, nos cueguen la innoble cualidad de inhospitalidad, es *demasiada información* por muy rotativo que sea un diario de la Corte.

Conviene que *Heraldo* no de tantas facilidades de publicidad á esas noticias de su conocido en Trujillo. Porque es un descrédito.

SILUETAS

EL CAJISTA

A sus manos expertas y á su vista perspicaz, encomiéndose la construcción y estructura de las obras que produce la inteligencia del hombre.

Parece que su trabajo se limita á componer con el plomo lo que contienen las cuartillas que coloca en la caja frente á su vista, pero está muy equivocado el que así juzgue al cajista. Su misión es mucho más elevada.

El tipógrafo no es un simple obreiro. La colocación de las letras en el componedor es muy distinta de la de los sillares que une el balaustre con la argamasa para levantar un muro. El bloque de piedra, nunca podrá compararse con el diminuto trozo de plomo que lleva en uno de sus extremos el símbolo de la idea.

El perfecto entace de las palabras para expresar el pensamiento, corresponde, naturalmente, al autor, y para éste será el aplauso ó la censura. Pero la parte de la gramática que se llama *prosodia*, recae, generalmente, sobre el cajista. ¡Qué pocas son las cuartillas que van á la caja sin contener errores!

Y no pretendamos decir con esto que el autor carezca de conocimientos tan rudimentarios, porque sería formar un juicio demasiado mezquino del que ostente el título de escritor. Es que, en su afán de seguir la velocidad del pensamiento, deja correr la pluma, sin cuidarse de ciertos perfiles, en la confianza de que han de pasar sus escritos por un *tamiz* inteligente.

Las espaldas del desgraciado cajista lo soportan todo: sus propios errores y los ajenos. Si el trabajo resulta esmeradamente hecho, nadie se acuerda del cajista que supo corregir todas las faltas que encontró; pero si notamos una frase mal aplicada ó un giro raro que desfigura el periodo, solemos decir, casi maquinalmente ¡error de caja! Y no tenemos en cuenta que *cierta clase de faltas* no corresponden á la jurisdicción del cajista, sino únicamente á la del escritor.

¡Cuán ingrata es la tarea del obreiro intelectual! Con el componedor en la mano izquierda y la vista fija en el original que tiene por delante, van recorriendo sus dedos los distintos cajetines de la caja con la misma ligereza que recorre el músico las teclas del piano. Al débil reflejo de una luz, que gasta lentamente las pupilas, tiene que traducir algunos escritos que harían sudar al más hábil paleógrafo.

Y así permanece horas enteras durante la noche, sin hablar con nadie para distraerse y sin escuchar otro ruido que el apagado y monótono que produce la letra al caer sobre el componedor.

¡Las obras de la inteligencia, que son las más grandes, elaboranse silenciosamente!

Ya que son muy pocos los que consideran tus amarguras, recibe en compensación de tan lamentable olvido, el humilde recuerdo que con la más franca sinceridad te dedico.

A. B.

EN BROMA

Yo no sé por qué aquel hombre decía que aquí no había prensa posible! Que hasta cuando se elogiaba la finura y distinción de D.^a Celedonia el resto de señoras de la población murmuraban de no estar ellas incluídas en aquella finura.

Que, si al censurar un dislocado exabrupto, denominado *proposición* más ó menos accidental, ya tenía Vd. á todo el Concejo unás arriba...

Que no podía permitirse decir que la Srta. Folgado, á pesar de poseer unas curvas voluptuosamente dislocantes que nadie podía sospechar hasta que vistió aquel pantaloncito verde lechuga, á pesar del color y las curvas, su voz cantando es de gata encanijada y al declamar no solo estropea el verso, sino que azota el rostro al sentido común.

Y siempre estaban Vds. oyéndole las mismas quejas. ¡Que aquí no hay prensa! ¡Que hay que ceder por esto...! ¡Que hay que callar por lo otro...!

Y es que aquel hombre era incomplacible. Le preguntaba Vd. por ejemplo:

—¿Qué le parece á Vd. la médica de Gastro-Urdiales, que ha venido á oír á Berges para recordar los tiempos del año 53 en que ya cantaron juntos en dúo en el casino de su pueblo?

Y contestaba bruscamente: —A mí la gente ordinaria me revienta. Saludá como aquella que se lo deben y no le pagan. Esa médica es una medicina contra la galantería; parece que tiene indigestión de lo que no ha probado.

Por el contrario, mi carácter y mi criterio para juzgar las cosas es muy otro al de aquel desdichado *Querine*.

Yo creo que no hay nada tan sencillamente fácil como tener un periódico que de gusto á todos, aunque se venda poco.

Por ejemplo: —¿Que la cosecha ha sido abundantísima como no se recuerda y el público se extraña de que el pan siga carísimo?

Pues lean Vds:

«Podemos asegurar á nuestros lectores que tan luego como los panaderos hayan despachado las harinas que tenían compradas á precios elevadísimos, rebajarán el pan al extremo de que tal vez lo comamos á 8 cuartos. Pero entretanto, ha de comprender el público que esos industriales no van á dar á 8, lo que les costó á 16.»

Y ya tenemos por este lado las simpatías de los panaderos.

Que D.^a Celedonia dió un *Thé* y recibió con la finura y distinción que su educación la caracteriza? Pues diga Vd. que todas las concurrentes se colocaron á esa altura de finura y distinción, aun cuando entre ellas se halle la médica de Castro-Urdiales.

Y ya tenemos á todas las señoras por nuestras. Quiero decir entusiastas del periódico.

¿Que en el Ayuntamiento hay una distracción, sea de fondos, ó de atender á la urbanización, ó exagerado celo por arrimar el ascua á su sardina uno ó más concejales?

Pues muy sencillo, se escribe así:

«Son infundados los rumores de que los fondos del Ayuntamiento han sufrido la menor peripecia, y aun cuando los maliciosos propalan por ahí que en los fondos hay algo sucio, podemos asegurar que á juzgar por el último balance, nuestro municipio no se distrae y pone en los fondos municipales los 85 sentidos que componen los 17 concejales.»

Así mismo puede añadirse:

«No es cierto que el Sr. de Zubicaray pretendiera en la sesión de ayer encargarse de la compra de adoquines; por el contrario, opinó que en esa materia nadie más indicado para lo de los adoquines que su compañero el Sr. Malandrín. El Sr. Zubicaray es muy delicado cuando se trata de manejar fondos públicos, y el Sr. Malandrín lo mismo, pero se vieron en la necesidad de aceptar ambos por votación unánime de la Corporación.»

«Es un sacrificio más y muy duro este de los adoquines, por el que debe quedar muy agradecido el pueblo á los Sres. Malandrín y Zubicaray.»

¡Caray! y que no me digan á mí que con esto y otras noticias no se lleva uno al pueblo de calle y no tendría manos para vender números el tal *don Emilio* ó *Gavielome* ó *Liomie* ó como sea; porque ya es que me acabaré un *liome* que no sé ni por donde